

EL “AGUANTE” Y LAS HINCHADAS ARGENTINAS: UNA RELACIÓN VIOLENTA

Pablo Alabarces
José Garriga Zucal
María Verónica Moreira¹

Resumo

Este trabajo analiza los significados que los integrantes de las hinchadas de fútbol argentinas dan a las acciones violentas, a través de la categoría de aguante. Estas son parte de una forma de ser que los define y los distingue, y constituye un complejo sistema de honor y prestigio que valora positivamente la valentía, el coraje, la bravura y el arrojo en un enfrentamiento físico. Estudiar estas prácticas nos permite además comprender las relaciones que los hinchas establecen con otros actores sociales que están fuera del espacio donde las mismas son aceptadas y legitimadas.

Palavras chave: *fútbol-violencia-aguante-hinchadas.*

Introducción

Toda acción violenta, y en particular la violencia protagonizada en el ámbito del fútbol, es concebida comúnmente como una señal de irracionalidad, barbarie y salvajismo desde el sentido común hegemónico. Cuando estos hechos aparecen en los medios de comunicación, sus actores son observados y descriptos como “salvajes”, “bárbaros” o como “los inadaptados de siempre”. Por otra parte, los funcionarios públicos encargados de prevenir estos episodios entienden el fenómeno como el resultado excepcional de la acción de un pequeño grupo de “locos”. Este ejercicio de señalar a la violencia y a sus practicantes como elementos anómalos al espectáculo futbolístico genera una doble representación de la violencia y de sus actores. Por un lado, individualiza como “violentos” a un pequeño y exclusivo grupo de sujetos, centralizando la mirada sobre una sola manifestación de la violencia y obviando otras. Por el otro, establece una concepción de los sujetos practicantes de acciones violentas como “irracionales”.

El propósito del trabajo es analizar los sentidos de las prácticas violentas de los hinchas fanáticos organizados en lo que se denomina nativamente “la barra”, “la hinchada” o “la banda”². Este grupo constituye una comunidad de pertenencia que se define por la posesión del “aguante” (Alabarces 2004, Garriga y Moreira 2006, Garriga 2005). El aguante es una categoría polisémica que conjuga diferentes significados y provoca distancias y distinciones entre los espectadores. En particular, para las hinchadas, el aguante funciona como un sistema de honra y prestigio (Alabarces 2004, Moreira 2005, Garriga 2005) vinculado indefectiblemente a los enfrentamientos físicos. Los participantes que afrontan el desafío de la lucha corporal demostrando bravura, valentía y coraje son reconocidos y respetados por sus pares como hinchas aguantadores. Así, la hinchada es el colectivo que congrega a los que tienen aguante, a

¹ CONICET-UBA-IDES-IDAES

² Las comillas serán utilizadas para destacar los términos significativos desde el punto de vista nativo. Una vez presentada la categoría, no se volverá a entrecomillar y será utilizada en el sentido explicitado.

los aguantadores o “picantes”. Para estos hinchas, las acciones violentas, lejos de ser rechazadas y penalizadas, son acciones legítimas, deseadas y buscadas que funcionan como signos de reconocimiento y distinción, hacia dentro y fuera del grupo de pertenencia, en la definición de los estatus internos y en relación con las posiciones que ocupan el resto de los espectadores del mismo equipo.

Para analizar adecuadamente esta categoría, y discutir sus significados e implicancias sociales en la sociedad argentina (no sólo en el “campo deportivo”), hemos analizado los datos producidos en las investigaciones etnográficas realizadas en clubes de fútbol que militan en distintas categorías de los torneos organizados por la Asociación de Fútbol Argentino. Asimismo, recurrimos a los resultados de los análisis producidos por nuestro equipo de investigación que problematiza temas vinculados a la constitución de las identidades de los sectores populares³.

De barras e hinchas militantes

Es parte del cotidiano de los espectadores –los más fanatizados– dedicar tiempo a la planificación de los aspectos festivos del partido, lo que ellos denominan “la fiesta de la popular”. “Ponerle color” a la tribuna implica exhibir los elementos del ritual: globos, banderas, cintas con los colores del club. Los hinchas inscriben en sus banderas, o “trapos”, el nombre del barrio de pertenencia o frases alegóricas de ese sentimiento incondicional (“todas las rutas me llevan a vos”, “amor, pasión, locura”). Caracteriza a estos hinchas el empeño en la organización de las tareas vinculadas al festejo y al traslado a otras ciudades cuando el equipo es visitante y, además, el interés que demuestran en la realización de trabajos de mantenimiento del estadio y de la sede social, en la programación y planificación de celebraciones conmemorativas (aniversarios del club, día del hincha, conquista de un título). Por la asistencia regular e incondicional a los partidos de fútbol, tanto de local como de visitante, y por la perseverancia en el aliento, llamamos a estos espectadores hinchas militantes (Archetti 1985). En determinados clubes, éstos logran reconocimiento institucional con la creación de la “subcomisión del hincha”, que funciona como un espacio de discusión exclusivamente dedicado a los simpatizantes del club, en el que se organizan rifas de camisetas e indumentaria deportiva de los jugadores para generar recursos y costear las entradas y los viajes cuando el equipo juega de visitante, y adquirir los objetos vinculados al combate simbólico contra los adversarios. Por las facilidades que obtienen para ingresar al estadio local y por el compromiso que sienten hacia el club, estos hinchas generalmente son socios de la institución⁴.

Los espectadores que integran la barra o hinchada también se reconocen como hinchas fanáticos, asisten regularmente al espectáculo deportivo y alientan al equipo en los estadios, participan y colaboran en la organización de ciertas celebraciones de la institución, y prestan ayuda para la realización de tareas de mantenimiento. Sin

³ Debemos agradecer el diálogo constante con Christian Dodaro, Mariana Conde, Daniel Salerno, Malvina Silba, Carolina Spataro, Carlos Juárez Aldazábal, Javier Palma, Valeria Añón, Mariana Galvani, Mauro Vázquez y María Graciela Rodríguez.

⁴ Los clubes de fútbol son asociaciones civiles administradas y representadas por los dirigentes que nacen del sector de socios. Estas instituciones cobran una cuota mensual accesible que les permite mantener un cuerpo estable y numeroso de afiliados. Estos adquieren, además de ingresar gratis al sector popular del estadio, el derecho de participar de las actividades que ofrecen las instituciones.

embargo, a diferencia de sus compañeros de tribuna, no se afilian al club. La gente de la barra recibe de los dirigentes entradas gratis para los partidos de local y dinero para financiar el ingreso y los viajes a los estadios visitantes. La barra es central en la fiesta de la popular. Sus integrantes llevan decenas de banderas y usan bombos para acompañar los cánticos que ellos mismos dirigen desde el centro de la tribuna. Así, participan junto a los hinchas militantes del aliento al equipo y de los cantos, cargados de metáforas e imágenes de guerra, conquista y sometimiento sexual, destinados a la hinchada rival. Este duelo verbal que se juega desde las tribunas tiene un correlato directo con las luchas que se originan fuera de los estadios entre las barras enfrentadas.

Cabe señalar que las barras en el fútbol comenzaron siendo grupos de hinchas fanáticos que necesitaban dinero de los dirigentes para costear los viajes a los estadios visitantes. Hoy, las barras de los clubes más importantes de Argentina participan de los negocios y del dinero que genera el fútbol y logran insertarse exitosamente en distintos espacios de poder. Estos grupos responden al liderazgo de un selecto sector de hombres, “los jefes”, que son los que tienen acceso a redes sociales y políticas en las que actúan dirigentes deportivos y representantes de la política nacional, provincial, local y sindical.

Para estos grupos de hinchas, los “combates” –forma en que se denominan las peleas– son instancias deseadas y buscadas. En el marco de la rivalidad y enemistad que signa el campo del fútbol, las peleas entre hinchas adversarios son parte del cotidiano cuando, por ejemplo, se encuentran accidentalmente en un espacio público un día de partido. Sin embargo, son los miembros de las barras quienes exponen jactanciosamente el accionar violento como una marca positiva de distinción. Los combates son instancias deseadas y buscadas porque permite a estos hinchas confirmar la posesión de la virtud que los distingue de sus compañeros de tribuna: el aguante.

Aguantes

Etimológicamente, “aguantar” remite a ser soporte, a apoyar, a ser solidario. En la cultura del fútbol, la categoría se carga de múltiples significados, todos conducen a la puesta en acción del cuerpo.

Se puede “poner el cuerpo” de muchas maneras: alentando incesantemente al equipo, yendo a la cancha de local y visitante, soportando las incomodidades de los estadios y los viajes, resistiendo la lluvia, el calor, el frío. Este tipo de aguante es el que reclaman para sí los hinchas militantes. Un aguante que se confirma día a día en los sacrificios que estos hinchas realizan en nombre del club cuando tienen que recorrer extensas distancias geográficas para “alentar al equipo aunque no se juegue nada” y “sea un partido en la Antártida”; cuando alientan al equipo más allá de los resultados porque el hincha con aguante es el que sigue y apoya al equipo sin importar si éste gana, pierde o empatía; cuando postergan y abandonan compromisos personales y soportan en la tribuna las inclemencias del clima. Parece que existe una regla para el hincha militante: “el aguante” es mayor ante la mayor dificultad atravesada por él y el equipo. Decenas de cánticos ponen de manifiesto estos aspectos de un aguante basado en la fidelidad y el fervor: “te vamos a seguir, a donde quieras ir”, “ganes o pierdas te sigo igual, un sentimiento inexplicable, que se lleva adentro, no puedo parar”, “muchas veces nos bancamos la lluvia, los palos de la yuta y todo eso por vos”.

En el lenguaje popular, “yuta” es un término que proveniente del lunfardo denomina a la policía. En el contexto del fútbol, los insultos destinados a la policía, “yuta compadre, la concha de tu madre”, denotan un estado de enfrentamiento con esta fuerza pública que es acusada por los hinchas de actuar arbitraria y represivamente contra el público de los estadios. Por la actitud desafiante que la policía manifiesta en determinados operativos de seguridad, ciertos grupos de hinchas buscan el enfrentamiento físico con ésta para mostrar que tienen aguante.

El sentido dominante del aguante para los miembros de la barra es el que responde a la violencia física. El aguante articula el universo de la práctica y la moralidad; es una categoría práctico-moral en tanto define en el mundo de las acciones –en este caso el de los enfrentamientos violentos– un universo de lo permitido y lo prohibido, lo aceptado y lo inaceptable. La posibilidad del aguante de edificar un sistema de valores, un marco de percepción del mundo –un sistema moral, restringido al contexto del fútbol– está sustentada en las prácticas de lucha, en los enfrentamientos corporales. En suma, la identidad construida en el aguante está solidificada en las experiencias físicas; es una identidad práctica que organiza un discurso de la distinción, una moral distinta y distintiva.

Debemos mencionar que dicho término no es de uso exclusivo del ambiente del fútbol y que aparece en otros espacios –la vida roquera, sindical, etc.– con distintas acepciones. Así, en el espacio del rock, el aguante está asociado a la fidelidad de los simpatizantes, “los fans”, que participan regularmente de los espectáculos de sus bandas de música favoritas teniendo que, en ocasiones, recorrer extensas distancias geográficas. Por otra parte, en el ámbito de los sindicatos, puede suceder que grupos de sindicalistas que responden a distintos gremios de trabajadores y a dirigentes sindicales enfrentados se encuentren, por ejemplo, en un acto político al que fueron convocados y desaten una pelea por la mejor posición entre el público. Para ganar la posición cerca del palco se baten a golpes de puños. Así, este tipo de accionar muestra sentidos emparentados con la acción aguantadora que reivindican las barras de fútbol.

Para los hinchas, “aguantártela es no correr cuando se arman los combates, pararte...”. En este contexto, “pararse”, “plantarse”, “no correr” son formas nativas de referirse a la actitud loable del luchador que afronta el peligro cuando se “pudre”, cuando las barras enemigas se encuentran, generalmente fuera de los estadios, en las calles, estaciones de tren y autopistas. Cuando se pudre, los protagonistas se paran o “plantan” para dar rienda suelta a la contienda corporal contra los adversarios. Esto implica exhibir el saber de las técnicas corporales de lucha (golpes, patadas, cabezazos, piñas) y manejar complementaria y exitosamente los instrumentos de la contienda (piedras, botellas rotas, pedazos de manera, cuchillos y armas de fuego).

Ahora bien, los hinchas dicen: “muchos saben pelear pero aguantársela es distinto”. Este comentario expresa que el aguante se define no sólo en el despliegue de las habilidades y las técnicas corporales de lucha sino también en la capacidad de soportar el dolor sentido por los golpes y los daños producidos en el cuerpo. En los combates, los hinchas buscan acertar los golpes y producir heridas en los cuerpos de los contrincantes; los luchadores tienen que saber dar pero también saber recibir y resistir.

La tolerancia al dolor hace de los sujetos valerosos luchadores que no se amedrentan ante situaciones dispares en cuanto al número y a la fuerza de los contrincantes. “Aguantar es pararse siempre, en desventaja, quedarse y poner el pecho”. Es decir, “poner el cuerpo”, independientemente del resultado de la lucha (tener más o menos muertos y/o heridos, de haber perdido o adquirido “trapos” de los otros o “trofeos de

guerra”). Si los resultados arrojaron un saldo desfavorable, los hinchas que “pusieron el pecho”, que afrontaron la lucha con coraje, confirman la posesión de la virtud que los distingue. Ignoran el desenlace de los combates y más allá de los riesgos se paran para pelear. Aquí también se forma una regla análoga a la de los hinchas militantes: mayor es el aguante ante la mayor dificultad enfrentada en las peleas, sea por el número o la fuerza de los oponentes.

Por otra parte, para los hinchas “tener aguante es mostrarle al otro que tenés huevo”, es mostrarle que “sos macho, que te la bancás”. “Macho” es el que demuestra bravura y valentía en un combate, el que se “la aguanta”. Por el contrario, el que huye del campo de batalla rechazando el encuentro cuerpo a cuerpo, el que teme el “mano a mano”, el que no tiene aguante es definido como “puto”. El hombre se caracteriza por tener ciertos atributos: “huevos”, fuerza física, valentía, coraje. Los “putos”, los no machos, se caracterizan por la carencia de estas cualidades (Archetti 1985 y 2003). Los hinchas consideran como “putos” a aquellos hombres que son derrotados en un enfrentamiento físico. Ser “puto” no está relacionado con la homosexualidad sino con la falta de “aguante”. La diferenciación entre “machos” y “putos” pone en juego prácticas y discursos que buscan la distinción. Al mismo tiempo, pone en escena el lenguaje de la subordinación. El macho es así porque puede en un enfrentamiento robar los atributos masculinos a sus rivales; el dominio se expresa en una retórica de lucha corporal.

Distinciones

El aguante es una forma típica de honor, ya que valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables y desestima las deshonrosas. En cada sociedad, en cada momento dado, el honor toma aspectos distintos en relación con las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, que permite expresar la aprobación y la desaprobación de conductas y formas de pensar (Pitt-Rivers 1980). Las barras (re)conocen y valoran positivamente como hinchas honorables a los que saben defender los colores del club “poniendo el pecho” en los combates. Para los integrantes de la barra, el aguante es el más importante de los bienes simbólicos que conforman su identidad. Éste sólo puede ser adquirido a partir de la acción violenta, y no existe otra forma de probar su posesión (Alabarces 2004). Observamos que existen prácticas que están prohibidas o parecen ambiguas, pero siempre es la acción violenta la que define la posesión de este bien simbólico. La fidelidad y el fervor son dos importantes atributos que los hinchas disputan en el duelo frente a los hinchas rivales, pero esto no garantiza la posesión del aguante para los miembros de la barra.

Los combates funcionan como instancias de apreciación y evaluación de los hinchas, que tratan de cumplir con las expectativas colectivas. El acercamiento o alejamiento de los comportamientos respecto a un valor social establecido como lo correcto conduce a un tratamiento específico: prestigio del reconocido y humillación del excluido. En este contexto, las peleas afirman los valores que fundamentan la existencia misma del grupo y aseguran su conservación. “Plantarse”, “agarrarse a piñas”, “ir al frente”, “pararse de manos” son acciones que resaltan los aspectos positivos de los luchadores que confirmar su permanencia en el grupo. La exposición del aguante les permite a los hinchas confirmar su permanencia dentro de la barra y consolidarse como verdaderos hombres (Garriga Zucal 2001) y como hombres con honor (Moreira 2001). La tendencia a la lucha y la participación voluntaria de los luchadores permite marcar la distinción

entre los hinchas que pertenecen a la barra y los hinchas militantes del mismo equipo, que se alejan de este tipo de conflicto.

El espacio social que ocupan y construyen los hinchas militantes no es el mismo que el de la barra. La violencia como elemento diferenciador ubica a unos actores trasgrediendo los límites de la legalidad. Los hinchas militantes, mientras tanto, no cruzan los mismos límites. Puede suceder que participen aisladamente en algunos enfrentamientos, pero no hacen de la violencia su señal distintiva, ni mucho menos hacen pública la valoración positiva para con esta, como lo hacen rotundamente los miembros de las barras.

La persona que encarna exitosamente los ideales de la barra se hace acreedora de una recompensa moral que se traduce en términos de prestigio, fama, reputación u honor. Los depositarios y garantes del sistema de valores y los que mejor interpretan el rol de hombres con aguante son los líderes del grupo. Los jefes han acumulado prestigio como buenos luchadores gracias a los enfrentamientos pasados, han demostrado regularmente que saben y se atreven valientemente a pelear⁵.

La tendencia al agonismo y la participación voluntaria y conciente de los hinchas en los combates marca una distinción entre los sectores de espectadores que piensan y actúan el aguante de maneras diferentes. Así, en el campo de las hinchadas coexisten fuerzas antagónicas (las barras de fútbol opuestas entre sí) relacionadas por un fuerte principio de enemidad, y fuerzas unidas por un sentimiento común (la barra y los hinchas militantes) que se distinguen por la forma de vivir y pensar el aguante. En este contexto, la relación que establecen las barras rivales denota un claro distanciamiento y oposición social. Éstas se perciben no sólo como bandos separados y diferentes sino también como bandos opuestos y hostiles. La disputa contra la barra rival se transforma en algo más que una competencia gestual, visual, corporal dada desde las tribunas; toma la forma de un juego agonístico que tiende a la supresión y sumisión de los otros a través de la violencia física.

Violencias

La violencia es un concepto complejo y huidizo, que parece tener tantas definiciones como actores. La mayor parte de los investigadores que abordan el tema concuerda en que no existe una definición universal de violencia, sino que deben buscarse en cada sociedad y en un tiempo determinado los parámetros que la definen. Lo concebido como violencia es parte de un debate que atañe a cada cultura, donde las partes que discuten los sentidos de la misma no sólo tienen posiciones asimétricas de poder sino que presentan posturas contradictorias, inconclusas y confusas. La violencia no es un término nativo de los miembros de una barra de fútbol. Ellos califican a sus prácticas como “combates” o peleas. Nunca mencionan que participan de “hechos violentos” ni, menos aún, que son actores “violentos”, sino que afirman ser sujetos con aguante. Sin embargo, los actores saben que con estas categorías son catalogadas sus prácticas. Es así que “los violentos”, identificados externamente de esa manera, conocen la representación estigmatizada que sobre ellos recae y en muchos casos juegan a dar un valor positivo a varias de sus acciones que para una buena parte de la sociedad poseen

⁵ En otros trabajos estudiamos cómo se construye el poder de los líderes de la barra a partir de la ejecución del rol de distribuidores de bienes y buenos luchadores. Ver especialmente Alabarces et al., 2005.

aspectos negativos. Las acciones violentas son marcas distintivas externa e internamente: mientras que para unos es señal de irracionalidad y salvajismo, desde una concepción interna son signos de pertenencia grupal, vinculados al honor. Identificarse con prácticas estigmatizadas, conociendo la condena que sobre éstas recae, es una operación que lleva al extremo el ejercicio de la identificación y diferenciación. Las personas que participan en las barras saben que sus prácticas son señaladas como violentas y que esa señal conlleva menosprecio, discriminación y persecución. Sin embargo, eligen⁶ esas señales como parte de una identidad que hacen pública en prácticas y discursos.

Así, diferenciarse tiene aspectos positivos y negativos. Del lado de estos últimos, se enumeran la persecución policial y judicial, la condena del sentido común y de los medios masivos de comunicación (“los inadaptados de siempre”, “las bestias”). Los privilegios atesoran dos dimensiones, una ligada a pertenecer a un grupo de pares, a un sistema complejo de honra ligado a la violencia, a la solidaridad de los compañeros y, por otro lado, a la visibilidad que adquieren estas prácticas que, aunque de forma condenatoria, ganan pantalla y páginas mostrando las formas del estilo que los distingue.

Varios investigadores han mencionado y enfatizado que la violencia, como acción social, posee una dimensión que tiene como objeto comunicar alguna característica elegida por sus practicantes (Riches 1988; Segato 2003). La función expresiva de la práctica violenta puede tener como fin ubicar al actor violento en una posición determinada en una estructura de poder, señalar la pertenencia a un universo determinado de género (en referencia a la violencia masculina perpetrada contra mujeres) o marcar la pertenencia a una subcultura. En este caso, en concordancia con algunos puntos señalados por la escuela de Chicago, hace ya mucho tiempo y con otro referente empírico, las prácticas de los hinchas tienen como objeto mostrar la participación de un particular mundo moral.

Pero además, y este es un punto central, exhibir la potencialidad y la práctica violenta tiene como objetivo expresar la pertenencia al grupo de los violentos y por lo tanto diferenciarse. Los hinchas distinguen y confieren un valor relevante a aquellos que demuestran aguante. El aguante define un modelo ideal que distingue poseedores y desposeídos; a los poseedores se los recubre de prestigio y honra y para los desposeídos sólo queda la deshonor y la exclusión. Pimenta interpreta que “As relações no interior das ‘organizadas’ são estruturadas em laços amalgamados no prazer de atos de violência e agressividade” (2003: 46). Aquellos que quieran participar de la barra deben compartir formas de ser y de hacer respecto a la violencia: deben compartir el ethos del aguante. Lo compartido y distintivo genera fuertes sentimientos de pertenencia.

Pero es necesario mostrar que esta distinción no conduce a la exclusión de los aguantadores de las relaciones sociales; por el contrario, el aguante funciona como constructor de las mismas. A través de la constitución de la identidad aguantadora los hinchas se ubican exitosamente dentro de redes de relaciones con otros actores sociales del campo del fútbol y de campos afines.

⁶ Garriga (2005) discute si la elección de estas señales es parte de una relación de dominación que señala, a manera de profecías autocumplidas, sujetos para criminalizar, o si existe un margen de autonomía que permite a los actores construir a la violencia como señal de un estilo que los distingue e identifica; en este debate nos inclinamos por la segunda postura.

Conclusiones: redes de relaciones

Los hinchas establecen vínculos más allá de los límites de su propio grupo exponiendo la posesión del capital que los distingue: el aguante. Tener aguante, ser reconocidos como aguantadores y respetados por esta posesión, incluye a los hinchas en una red de relaciones sociales con actores que están por fuera del grupo. Ser miembro de la barra brinda a sus integrantes la capacidad de “abrir puertas”. Un “contacto”, un “conocido”, una “línea” son las formas nativas para referirse a las interacciones. La pertenencia a la hinchada es una manera de volverse conocido y (re)conocido. Algunos dicen: “ser de la hinchada te da un montón de contactos”. Contactos, intercambios, interacciones, que parecen temporales, pueden transformarse en vínculos duraderos que generan lazos recíprocos que van más allá de los acontecimientos puntuales. Estos hinchas interactúan con una variada gama de actores sociales: dirigentes de club, dirigentes políticos, sindicalistas, jugadores y cuerpo técnico, policías, vecinos, simpatizantes del club y organizaciones delictivas de distinta índole. Establecen entre ellos interacciones que conforman una red. En esta red existen interacciones que son intercambios recíprocos sustentados sobre obligaciones sancionadas por la moral, algunos posibles de definir como equilibrados, otros como generalizados y otros que quedan a mitad de camino entre estas definiciones.

Por otra parte, las relaciones entre los actores no son necesariamente armónicas, pueden estar cargadas de tensión y ambigüedades de acuerdo a los contextos y situaciones sociales particulares. Si bien los dirigentes de los clubes critican a los líderes de la barra por solicitar entradas gratis para los partidos y dinero para viajar a los estadios visitantes a través de “aprietes” o amenazas, éstos en ocasiones son invitados para participar de los actos políticos y de los procesos electorales en la institución. Así, durante los períodos de campaña electoral en los clubes puede verse a los hinchas con más aguante entre candidatos y dirigentes oficiando de personal de seguridad. Los hinchas, por su parte, saben que su aguante es el que les permite establecer contactos y conocidos. Estas relaciones pueden extenderse más allá del campo del fútbol. Así, un hincha que comenzó como guardaespaldas de un dirigente en el club puede pasar a cumplir la misma tarea en un sindicato o en una empresa donde trabaja el mismo dirigente. Esta situación particular está vinculada, a su vez, con los diferentes roles que cumplen ciertos actores que transitan por ámbitos afines: dirigentes deportivos que son dirigentes de la política local, provincial o nacional; o dirigentes que son empresarios o profesionales reconocidos; dirigentes que son sindicalistas, etc. También es usual que los integrantes de la barra sean convocados por políticos de agrupaciones o partidos de trascendencia provincial o nacional para que realicen, en el marco del tiempo de la política electoral, tareas de campaña, como las pintadas callejeras en diferentes sectores de la ciudad. Puede suceder al mismo tiempo que algunos integrantes de la barra sean contratados en los propios clubes como empleados en distintas áreas de actividades en la sede social o en el estadio. Esta posición, además, les permite establecer nuevas relaciones con otros actores.

En el ámbito del fútbol, la “cultura de la violencia”, o mejor dicho “la cultura del aguante” –sólo nos referimos aquí a la manifestación violenta del mismo– se reproduce y se acrecienta en función del prestigio y respeto que ganan sus participantes a través de estas acciones. Un círculo que se alimenta, además, por el apoyo silencioso de aquellos que condenan sus prácticas violentas; porque ciertos funcionarios, políticos y sindicalistas, que sancionan y denuncian públicamente la violencia de las barras, son los

mismos que contratan a los más prestigiosos y respetados entre las hinchadas para realizar trabajos de campaña o seguridad. En este contexto, la violencia de la barra, que es la parte más visible y escandalosa del espectáculo deportivo, es también el producto emergente de un conjunto de relaciones. La violencia, más que una anomalía, es un fenómeno que encuentra contextual y situacionalmente apoyo de parte de otros actores de la sociedad.

Bibliografía citada:

ALABARCES, Pablo. *Crónicas del aguante: Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004.

ALABARCES, Pablo, COELHO Ramiro, et al. “Aguante y represión: Fútbol, violencia y política en la Argentina. In: Alabarces, P. (org) *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-ASDI, 2000. p. 211-230.

ÁLVAREZ, Santiago. *Leviatán y sus lobos: Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires: Antropofagia, 2004.

ARCHETTI, Eduardo. *Fútbol y ethos*. Buenos Aires: FLACSO-Series de investigación, 1985.

ARCHETTI, Eduardo. *Masculinidades: Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia, 2003.

BADINTER, Elizabeth. *XY La Identidad Masculina*. Barcelona: Norma, 1994.

BOURDIEU, Pierre. *Cosas Dichas*. Buenos Aires: Gedisa, 1988.

BOURDIEU, Pierre. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus, 1991.

BOURDIEU, Pierre. *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama, 1997.

GARRIGA ZUCAL, José. *El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol Argentino*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

GARRIGA ZUCAL, José. “Soy macho porque me la aguanto: Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas”. In: ALABARCES, Pablo et al (comp.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, 2005. p. 39-57.

GARRIGA ZUCAL, José y MOREIRA, María Verónica. “El aguante: Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia”. In MÍGUEZ, Daniel y SEMÁN, P. (eds). *Entre santos, cumbias y piquetes: Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos, 2006. p. 55-73.

HARRIS, Marvin. *La cultura norteamericana contemporánea: Una visión antropológica*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.

JARDIM, Danise. “Performances, reprodução e produção dos corpos masculinos”. In FACHEL LEAL, O. (org.). *Corpo e significado: Ensaïos de Antropologia Social*. Porto Alegre: Editora da Universidade federal do Rio Grande do Sul, 1993.

MIGNON, Patrick. “La societ e francese e il calcio”. In LANFRANCHI, Pierre (ed.). *Il calcio e il suo pubblico*. Nápoles, Edizione Scientifiche Italiane, 1992. p. 285-300.

MOREIRA, María Verónica. *Honor y gloria en el fútbol argentino. El caso del club atlético Independiente*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

MOREIRA, Verónica. “Trofeos de guerra y hombres de honor”. In: ALABARCES, Pablo et al (comp.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, 2005. p. 75-90.

PIMENTA, Carlos. “La pasión en las gradas: Identidad, fiesta y violencia en el fútbol”. In ALABARCES, Pablo (comp.). *Futbologías: Fútbol, Identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO- ASDI, 2003.p 39-55.

PITT-RIVERS, Julian. *Antropología del honor o política de los sexos*. Barcelona: Editorial Crítica, 1980.

RICHES, David. *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Ediciones Pirámide, 1988.

SEGATO, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia*. Bernal: Prometeo-Universidad Nacional de Quilmas, 2003.